

Emailgelio del 6 de abril de 2025
Quinto domingo de Cuaresma – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Salvar a la persona

En aquel tiempo, Jesús se retiró al monte de los Olivos. Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él, y, sentándose, les enseñaba. Los letrados y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, le dijeron: “Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras: tú, ¿qué dices?”. Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo.



Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”. E, inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos, hasta el último. Y quedó solo Jesús, y la mujer en medio, de pie. Jesús se incorporó y le preguntó: “Mujer, ¿dónde están tus acusadores?, ¿ninguno te ha condenado?”. Ella contestó: “Ninguno, Señor”. Jesús dijo: “Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más”. (Jn 8, 1-11)

Quando se conoce la acción negativa de una persona o de un grupo, algunos querrían apedrear al culpable, exterminarlo porque piensan que así el mal será eliminado. En esta dirección se manifiestan los que todavía en bastantes países son partidarios de la pena de muerte como castigo ejemplar.

¿Cuál es la conducta de Jesús? **Él no aprueba los comportamientos negativos y el pecado.** Por eso, dice a la mujer: *Anda, y en adelante no peques más...* Pero antes se ha dirigido a los que están dispuestos a tirar las piedras contra la mujer sorprendida en adulterio: *El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra.* Es como si les dijese: **“¿Habéis pensado en vuestra colaboración con situaciones que ahora condenáis? ¿Queréis lanzar piedras contra lo que es fruto de vuestra despreocupación de los problemas humanos o de vuestra colaboración a que existan y se agranden? En el caso concreto del adulterio, ¿habéis examinado vuestra conducta de hombres que se permiten todo, por el hecho de ser hombres, que no respetáis a la mujer y la hacéis esclava, poniéndola al borde de una situación desesperada?”.**

La actitud de los creyentes debe ser, por una parte, rechazar el pecado, lo que hace daño a la persona y a la sociedad. Pero, por otra parte, Jesús dice: **Yo no te condeno. Debemos procurar salvar a la persona, ayudarle a salir del agujero.** Así han actuado en todos los tiempos muchos creyentes y muchas personas de buena voluntad. Hoy también hay personas y grupos humanitarios y religiosos que están donde está la delincuencia, la prostitución, la droga, el aborto. A lo largo de la historia y en la actualidad la Iglesia ha abierto brecha en estos campos y otros en que se trata de rescatar a la persona de las garras del mal.

Por tanto, no se trata de aprobar el mal sino de ayudar a realizar el *Anda, y en adelante no peques más.* Nuestras convicciones no se lanzan como piedras para aniquilar o humillar a las personas. Las convicciones se expresan sin miedo, pero sobre todo se viven en nuestra existencia diaria de modo que nuestra vida de familia, nuestras aspiraciones y nuestros esfuerzos por vivir humanamente transparentan lo que hace digna a la persona.

Emailgelio del 13 de abril de 2025
Domingo de Ramos – Ciclo C

Ignacio Itano sm

¿Estabas tú allí?

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (Lc 23, 1-49)

En aquel tiempo, se levantó toda la asamblea, o sea, sumos sacerdotes y escribas, y llevaron a Jesús a presencia de Pilato. Y se pusieron a acusarlo diciendo:

- Hemos comprobado que este anda amotinando a nuestra nación, y oponiéndose a que se paguen tributos al César, diciendo que él es el Mesías rey.

Pilato preguntó a Jesús:

- ¿Eres tú el rey de los judíos?

Él le contestó:

- Tú lo dices.

Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente:

- No encuentro ninguna culpa en este hombre.

Ellos insistían con más fuerza, diciendo:

- Solivianta al pueblo enseñando por toda Judea, desde Galilea hasta aquí.

Pilato, al oírlo, preguntó si era galileo; y, al enterarse que era de la jurisdicción de Herodes, se lo remitió. Herodes estaba precisamente en Jerusalén por aquellos días.

Herodes, al ver a Jesús, se puso muy contento; pues hacía bastante tiempo que quería verlo, porque oía hablar de él y esperaba verle hacer algún milagro. Le hizo un interrogatorio bastante largo; pero él no le contestó ni palabra.

Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándolo con ahínco.

Herodes, con su escolta, lo trató con desprecio y se burló de él; y, poniéndole una vestidura blanca, se lo remitió a Pilato. Aquel mismo día se hicieron amigos Herodes y Pilato, porque antes se llevaban muy mal.

Pilato, convocando a los sumos sacerdotes, a las autoridades y al pueblo, les dijo:

- Me habéis traído a este hombre, alegando que alborota al pueblo; y resulta que yo le he interrogado delante de vosotros, y no he encontrado en este hombre ninguna de las culpas que le imputáis; ni Herodes tampoco, porque nos lo ha remitido: ya veis que nada digno de muerte se le ha probado. Así que le daré un escarmiento y lo soltaré.

Por la fiesta tenía que soltarles a uno. Ellos vociferaron en masa, diciendo:

- ¡Fuera ese! Suéltanos a Barrabás.

A este lo habían metido en la cárcel por una revuelta acaecida en la ciudad y un homicidio.

Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando:



Ignacio Itano sm

Él les dijo por tercera vez:

- Pues, ¿qué mal ha hecho este? No he encontrado en él ningún delito que merezca la muerte. Así es que le daré un escarmiento y lo soltaré.

Ellos se le echaban encima, pidiendo a gritos que lo crucificara, e iba creciendo el griterío.

Pilato decidió que se cumpliera su petición: soltó al que le pedían (al que había metido en la cárcel por revuelta y homicidio), y a Jesús se lo entregó a su arbitrio.

Mientras lo conducían, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y le cargaron la cruz, para que la llevase detrás de Jesús.

Lo seguía un gran gentío del pueblo, y de mujeres que se daban golpes y lanzaban lamentos por él.

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo:

- Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: "Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado" Entonces empezarán a decirles a los montes: 'Desplomaos sobre nosotros', y a las colinas: "Sepultadnos"; porque, si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?

Conducían también a otros dos malhechores para ajusticiarlos con él.

Y, cuando llegaron al lugar llamado "La Calavera", lo crucificaron allí, a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Jesús decía:

- Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Y se repartieron sus ropas, echándolas a suerte.

El pueblo estaba mirando.

Las autoridades le hacían muecas diciendo:

- A otros ha salvado; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido. Se burlaban de él también los soldados, ofreciéndole vinagre y diciendo:

- Si eres tú el rey de los judíos, sálvate a ti mismo.

Había encima un letrero en escritura griega, latina y hebrea: "Este es el rey de los judíos".

Uno de los malhechores crucificados lo insultaba diciendo:

- ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro le increpaba:

- ¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en el mismo suplicio? Y lo nuestro es justo, porque recibimos el pago de lo que hicimos: en cambio, este no ha faltado en nada.

Y decía:

- Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino.

Jesús le respondió:

- Te lo aseguro: hoy estarás conmigo en el paraíso.

Era ya eso de mediodía, y vinieron las tinieblas sobre toda la región, hasta la media tarde; porque se oscureció el sol. El velo del templo se rasgó por medio.

Y Jesús, clamando con voz potente, dijo

Ignacio Itano sm

Y, dicho esto, expiró

El centurión, al ver lo que pasaba, daba gloria a Dios, diciendo:

- Realmente, este hombre era justo.

Toda la muchedumbre que había acudido a este espectáculo, habiendo visto lo que ocurría, se volvía dándose golpes de pecho.

Todos sus conocidos se mantenían a distancia, y lo mismo las mujeres que lo habían seguido desde Galilea y que estaban mirando.

Un negro espiritual canta: “¿Estabas tú allí cuando crucificaron a mi Señor?”. La lectura de la Pasión del Señor quiere situarnos allí. Y estando allí, observamos que el Mesías, el Rey, el que iba a salvar a su pueblo, es torturado y crucificado. Parece que nadie le entiende:

- No podían entenderlo Herodes y Pilato. Ellos estaban tan agarrados al poder material que la pretensión de Jesús les parecía ridícula.
- Tampoco lo entendían los sumos sacerdotes y escribas, que, cuando Jesús proclamaba el amor de Dios, veían que peligraba la tiranía que ellos ejercían sobre las conciencias de la gente.
- Tampoco lo entendía aquella multitud de gente, que había pasado en poco tiempo de aclamarlo como rey a rechazarlo diciendo: *¡Crucificalo, crucificalo!*
- Tampoco lo entendían los que se burlaban de él comparando la popularidad de que había gozado con la impotencia actual, y diciendo divertidos: *A otros ha salvado, que se salve a sí mismo.*
- Tampoco lo entendía aquel malhechor que, crucificado con él, lo insultaba y decía tratando de sacar ventaja: *Si eres tú el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros.*

Pero, en medio del terrible sufrimiento y del desprecio de la mayoría, encontramos palabras significativas de Jesús:

- A las mujeres que lloran por él, las consuela.
- A los que se ensañan con él los perdona: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen.*
- Al malhechor arrepentido, que quiere pertenecer a su reino, le dice: *hoy estarás conmigo en el paraíso.*
- Y, en medio de tanta incompreensión, muere con confianza plena en el Padre: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.*

La pregunta del negro espiritual, “¿estabas tú allí cuando crucificaron a mi Señor?”, no es una pregunta retórica que no podamos responder los hombres y mujeres de más de veinte siglos después. A “mi Señor” lo están crucificando a diario, y yo soy testigo de ello, incluso si procuro mirar a otra parte.

El crucificado no lo está solo allí, en el Gólgota, sino que está aquí y ahora en todas las cruces de la tierra. Jesús se identifica con todos los que sufren y se revela en ellos: **tengo hambre y sed, soy forastero, estoy desnudo, enfermo, en la cárcel, injustamente tratado, deprimido, desamparado, necesitado, sufro...** (Mt 25, 35-46). Entonces la pregunta es ineludible: **¿Estás tú ahí ofreciendo pan, acogida, techo, justicia, cercanía, escucha, consuelo, paz, reconciliación...?**

El crucificado dice por él y por los crucificados de todos los tiempos: *Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu. En medio de la desolación, me fío de ti.*

Emailgelio del 20 de abril de 2025
Domingo de Resurrección – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Somos viajeros

En aquel tiempo el primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien quería Jesús y les dijo: “Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”.



Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro: se adelantó y llegó primero al sepulcro; y, asomándose, vio las vendas en el suelo: pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio las vendas en el suelo y el sudario con el que le habían cubierto la cabeza, no por el suelo con las vendas, sino enrollado en un sitio aparte.

Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro: vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos. (Jn 20, 1-9)

Nosotros creemos que resucitaremos porque Cristo ha resucitado.

Quizá esta esperanza en la resurrección esté hoy en horas bajas. Lo que tocamos, lo que experimentamos es muy a ras de tierra y oímos a menudo que nadie ha vuelto del otro mundo para contarnos cómo le van allí las cosas.

Probablemente también estamos todavía en la resaca de los tiempos en que toda alusión a la “otra vida”, al cielo, era considerada de sospechosa, de alienación del compromiso con la justicia en la tierra.

Y sin embargo, siendo sinceros, vemos que, **sin el horizonte de la resurrección, nuestra existencia y la misma lucha por una sociedad más justa se quedan cortas, sin culminar.** Un marxista crítico de principios del siglo pasado, Adán Schaff, se preguntaba: “¿Para qué todo si al final hemos de morir?”. Y otro filósofo, Max Horkheimer, planteaba esta cuestión: “Si un hombre tratado injustamente muere para quedar muerto, ¿cómo se le hace justicia?... Y si ya no se puede hacer justicia a él, ¿con qué derecho puedo exigir yo que se me haga justicia a mí? ¿Cómo se devuelve la dignidad y la libertad a los tratados como esclavos si realmente ya *no existirán más* porque la muerte ha acabado con ellos definitivamente?”.

Un teólogo más reciente, Juan Luis Ruiz de la Peña (1937-1996), dice: “**Al muerto injustamente no se le hará justicia con ceremonias póstumas; se le hará justicia si se le recupera para la vida.** O hay victoria sobre la muerte o no hay victoria contra la injusticia... ‘Justicia para todos’ es una promesa falaz si no resucitan todos”.

No estamos en una mera elucubración de salón sino en un tema vital, que da sentido a toda una existencia. Añoramos una plenitud en nuestra vida personal y en nuestra relación con los demás. Necesitamos saber por qué terminó en fracaso aquello en lo que pusimos toda nuestra buena voluntad y si lo definitivo es ese fracaso. Los **primeros cristianos decían que somos viajeros**, que seguimos buscando algo que no poseemos.

Pero todas esas aspiraciones serían una mera ilusión, fabricada por nuestros deseos desconectados de la realidad, si Cristo no hubiese resucitado. **Él ha resucitado no solo para darnos esperanzas de futuro sino para acompañarnos en el viaje.** Eso expresamos cuando decimos que *Cristo vive*.

Emailgelio del 27 de abril de 2025
Segundo domingo de Pascua – Ciclo C

Ignacio Itano sm

Ver para creer

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos; y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: “Paz a vosotros”. Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: “Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”.



Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”. Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo”.

A los ocho días estaban otra vez dentro los discípulos, y Tomás con ellos; llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: “Paz a vosotros”. Luego dijo a Tomás: “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente”. Contestó Tomás: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús le dijo: “¿Por qué me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto”.

Muchos otros signos que no están escritos en este libro hizo Jesús a la vista de los discípulos: estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre. (Jn 20,19-31)

Una vieja definición de fe dice que “**creer es lo que no se ve**”. San Juan de la Cruz escribió que “María Magdalena y los discípulos no vieron a Jesús y por eso creyeron, sino que creyeron y por eso vieron”. Según San Agustín, los creyentes “se fortalecen creyendo”

A Tomás incrédulo, Jesús le dice: *Dichosos los que crean sin haber visto*. Pero Jesús no se niega a que le toque, a que vea para creer. El Papa Benedicto XVI, con motivo del Año de la fe, señalaba que “la fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica con gozo”. El amor gozoso hace visible lo que se cree y en quién se cree.

Muchas personas, con dificultades para creer, “buscan con sinceridad el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo”. Intuyen que hay algo más que lo que ven y tocan, que, como dice Pascal, “el hombre supera infinitamente al hombre”.

Asimismo, **necesitamos que la fe invisible se visibilice de algún modo**. Según Benedicto XVI, “lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, esa que no tiene fin”. El “**testimonio creíble**” de nuestra fe es el amor, vivido en sus múltiples concreciones.

En el documento de los obispos para preparar el Sínodo sobre la nueva evangelización, se recordaban unas palabras de Pablo VI: “El hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan..., o si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”.